

Una llamada a la fidelidad renovada y creativa, al compromiso humilde y entusiasta en la tarea ministerial al servicio de todos

iglesiaynuevaevangelizacion.blogspot.com

Una llamada a la fidelidad renovada y creativa, al compromiso humilde y entusiasta en la tarea ministerial al servicio de todos

Cada año, en la misa del Jueves santo por la mañana, o si no es posible los días anteriores, los sacerdotes renuevan sus promesas en torno al obispo.

Ellos están vinculados con Cristo para servir a los fieles cristianos. Deben, por eso, obediencia a la Iglesia y han de esforzarse por ser santos. Al acercarse el año de la fe, **Benedicto XVI** les ha recordado la necesidad de enseñar los fundamentos de la fe, y de desempeñar su ministerio en favor del *“hombre entero”*, con alegría y disponibilidad.

Configuración con Cristo

Este día el obispo pregunta a los sacerdotes: *«¿Queréis uniros más fuertemente a Cristo y configuraros con él, renunciando a vosotros mismos y reafirmando la promesa de cumplir los sagrados deberes que, por amor a Cristo, aceptasteis gozosos el día de vuestra ordenación para el servicio de la Iglesia?»*.

Con esto, según el Papa, se expresan sobre todo dos cosas: el vínculo interior o configuración con Cristo y *«la necesidad de una superación de nosotros mismos, una renuncia a aquello que es solamente nuestro, a la tan invocada autorrealización»*. Es decir, se pide que nosotros, que yo, no reclame mi vida para mí mismo, sino que la ponga a disposición de otro, de Cristo. Que no me pregunte: *¿Qué gano yo?*, sino más bien: *¿Qué puedo dar yo por él y también por los demás?* O, todavía más concretamente: *¿Cómo debe llevarse a cabo esta configuración con Cristo, que no domina, sino que sirve; que no recibe, sino que da?; ¿cómo debe realizarse en la situación a menudo dramática de la Iglesia de hoy?*.

Obediencia

En segundo lugar, ha señalado Benedicto XVI cómo recientemente un grupo de sacerdotes ha publicado, en un país europeo, una llamada a la desobediencia, en nombre de la renovación de la Iglesia. Se pregunta el Papa si la desobediencia *«es verdaderamente un camino para renovar la Iglesia»*; si en ella se puede ver *«algo de la configuración con Cristo, que es el presupuesto de toda renovación, o no es más bien sólo un afán desesperado de hacer algo, de transformar la Iglesia según nuestros deseos y nuestras ideas?»*

Y explica que, ciertamente, Cristo *«ha corregido las tradiciones humanas que amenazaban con sofocar la palabra y la voluntad de Dios»*. Y *«lo ha hecho para despertar nuevamente la obediencia a la verdadera voluntad de Dios, a su palabra siempre válida»*.

Pero de esta manera, todavía se interroga, *«¿acaso no se defiende de hecho el inmovilismo, el agarrotamiento de la tradición?»* Y responde que no. Especialmente se ve que no es así cuando se mira a tantas personas, concretamente sacerdotes santos, que han contribuido notablemente a la renovación de la Iglesia, precisamente desde su configuración con Cristo. *«Los santos nos indican cómo funciona la renovación y cómo podemos ponernos a su servicio»*, sobre todo bajo el humilde signo del grano de mostaza.

Anunciar y enseñar el mensaje de la fe

En tercer lugar subraya el Papa uno de los deberes sacerdotales: la enseñanza. Alude al *«analfabetismo religioso que se difunde en medio de nuestra sociedad tan inteligente»*. Concretamente, *«los elementos fundamentales de la fe, que antes sabía cualquier niño, son cada vez menos conocidos»*. Y este conocimiento es necesario porque *«para vivir y amar nuestra fe, para poder amar a Dios y llegar por tanto a ser capaces de escucharlo del modo justo, debemos saber qué es lo que Dios nos ha dicho; nuestra razón y nuestro corazón han de ser interpelados por su palabra»*.

La cercanía del año de la fe, con motivo de los 50 años del Concilio Vaticano II, *«debe ser para nosotros una ocasión para anunciar el mensaje de la fe con un nuevo celo y con una nueva alegría»*. ¿Dónde está ese mensaje? *«Los textos del Concilio Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica son los instrumentos esenciales que nos indican de modo auténtico lo que la Iglesia cree a partir de la Palabra de Dios»*. Benedicto XVI se refiere también al magisterio de **Juan Pablo II** como fuente de orientaciones para las necesidades de nuestro tiempo.

Ahora bien, observa el Papa, no por predicar la fe de la Iglesia perdemos nuestra personalidad. Al contrario, según **San Agustín**: *«No me pertenezco y llego a ser yo mismo precisamente por el hecho de que voy más allá de mí mismo y, mediante la superación de mí mismo, consigo insertarme en Cristo y en su cuerpo, que es la Iglesia»*. A lo que se añade un motivo de credibilidad: *«Si no nos anunciamos a nosotros mismos e interiormente hemos llegado a ser uno con aquél que nos ha llamado como mensajeros suyos, de manera que estamos modelados por la fe y la vivimos, entonces nuestra predicación será creíble. No hago publicidad de mí, sino que me doy a mí mismo»*. Así lo hizo el **Cura de Ars**, llegando con su predicación al corazón de la gente.

Servir al "hombre entero"

Finalmente Benedicto XVI evoca la expresión *«celo por las almas»* que hoy se usa poco, porque a algunos les parece que expresa un falso dualismo entre el cuerpo y el alma. Evidentemente, replica, el hombre es una unidad, destinada a la eternidad en cuerpo y alma. *«Pero esto no puede significar que ya no tengamos alma, un principio constitutivo que garantiza la unidad del hombre en su vida y más allá de su muerte terrena»*.

Y explica algo que considera necesario aclarar hoy: *«Como sacerdotes, nos preocupamos naturalmente por el hombre entero, también por sus necesidades físicas: de los hambrientos, los enfermos, los sin techo. Pero no sólo nos preocupamos de su cuerpo, sino también precisamente de las necesidades del alma del hombre: de las personas que sufren por la violación de un derecho o por un amor destruido; de las personas que se encuentran en la oscuridad respecto a la verdad; que sufren por la ausencia de verdad y de amor. Nos preocupamos por la salvación de los hombres en cuerpo y alma»*. Esto es lo que, en cuanto sacerdotes de Jesucristo, hacemos con celo (que significa, según el diccionario del castellano: cuidado, diligencia y esmero que se pone en una tarea)

Concluye el Papa enlazando con los argumentos anteriores: *«Por eso no podemos dar la sensación de que cumplimos concienzudamente nuestro horario de trabajo, pero que antes y después sólo nos pertenecemos a nosotros mismos»*. El sacerdote, insiste, no se pertenece a sí mismo: pertenece a Cristo y por eso está para servir, con alegría y celo, a la verdad y al amor.

Es esta una llamada a la fidelidad renovada y creativa, al compromiso humilde y entusiasta en la tarea ministerial al servicio de todos.

Ramiro Pellitero. Universidad de Navarra